

Polaris

Jack McDevitt

Traducción:
Raúl Sastre Letona



Libros publicados de Jack McDevitt

LAS MÁQUINAS DE DIOS

1. Las máquinas de Dios
2. Deepsix
3. Chindi
4. Omega
5. Odisea

ALEX BENEDICT

1. Un talento para la guerra
2. Polaris

Próximamente:

3. *Cauldron*

Título original: *Polaris*

Primera edición

© 2004, Cryptic Inc.

Ilustración de cubierta: John Harris via Agentur Shlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-651-3 Depósito legal: B-8-2011

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Dedicado a Bob Carson, el mejor profesor de historia del mundo

Agradecimientos

Estoy en deuda con David DeGraff de la Alfred University, y con Walter Cuirle, por su ayuda en ciertos aspectos técnicos; con Christopher Schelling por su paciencia y con Ralph Vicinanza por apoyarme y animarme durante muchos años. Con Athena Andreadis, cuyo cautivador libro *To Seek Out New Life* (Three Rivers Press, 1998) me fue de gran ayuda; y con Michael Shara, cuyo excelente artículo «Cuando las estrellas colisionan» (publicado en *Scientific American* en noviembre de 2002) inspiró la premisa argumental. Con Ginjer Buchanan, por su guía en el plano editorial. Con Julie E. Czerneda y Maureen McDevitt, por ayudarme a revisar las primeras versiones del manuscrito. Y con Sara y Bob Schwager, por sus comentarios y consejos.

Prólogo

1

Ya no parecía un sol. Sin embargo, solo unos días antes, cuando llegaron a aquella región del espacio, Delta Karpis aún era una estrella normal de clase G, serena y plácida, que navegaba por las insondables profundidades del espacio acompañada de una familia de mundos, tal y como había hecho durante los últimos seis mil millones de años. Ahora, en cambio, solo era una bolsa deforme que se veía arrastrada en la noche cósmica por una mano invisible. Su masa parecía haberse aplastado bajo las presiones de las mareas, y un chorro de gas radiante de millones de kilómetros de largo, que salía disparado del cuello de esa bolsa, conectaba a esa estrella herida de muerte con un punto reluciente.

Chek Boland observó aquel punto durante largo tiempo, maravillándose de que algo tan diminuto, que llegaba a ser prácticamente invisible, fuera capaz de ocasionar unos estragos tan devastadores, que fuera capaz, literalmente, de destruir un sol.

«Aún no habéis visto nada», comentaban los astrónomos de las otras naves. Aquello ni siquiera había comenzado.

En ese instante, Boland centró su atención en Klassner, a quien dijo:

—Quedan nueve horas para que comience el espectáculo, Marty.

Klassner estaba sentado en su silla favorita, una de color gris verdoso provista con una mesilla, y su mirada perdida se encontraba clavada en el mamparo de la nave.

Poco a poco, fue saliendo de su ensoñación, parpadeó y se volvió hacia Bolland.

—Ya —replicó, aunque luego añadió—: Pero ¿a qué clase de espectáculo te refieres?

—A la colisión.

Una expresión de desconcierto dominó su rostro; una expresión que últimamente esbozaba con excesiva frecuencia.

—¿Nos vamos a estrellar contra algo?

—No. Más bien, esa enana blanca está a punto de estrellarse contra Delta Kay.

—Ya —replicó—. Es algo extraordinario. Me alegro de que hayamos venido.

Los telescopios revelaban que ese punto no era más que un deslustrado disco rojo rodeado por un anillo de gas reluciente. Se trataba de una enana blanca, del corazón de una estrella que se había colapsado sobre sí misma. Los electrones de sus átomos habían sido arrancados de sus núcleos y aplastados de tal modo que habían generado un objeto que se encontraba a un solo paso de convertirse en un agujero negro. Hacía un año que se había adentrado en ese sistema solar, dispersando mundos y lunas, y ahora se había transformado en una daga que se dirigía directamente al corazón de la propia Delta Karpis.

Como Klassner había permanecido bastante lúcido aquella noche, habían estado hablando acerca de la tendencia que tiene todo ser humano a dotar de personalidad a los objetos inanimados. De ese modo, es capaz de sentir lealtad por una nave, es capaz de llegar a pensar que la casa donde uno pasó su infancia le da la bienvenida al regresar a ella. Por eso mismo, en aquellos momentos, no pudieron evitar sentirse tristes al observar los estertores de muerte de aquella estrella, como si fuera un ser vivo que, de algún modo, era consciente de lo que le estaba sucediendo.

Nancy White también había participado en aquella conversación. Nancy era una divulgadora científica que había realizado algunos programas que habían tenido millones de espectadores. A ella le parecía que caer presa de esas fantasías era una estupidez y un lujo que uno no se podía permitir cuando una auténtica catástrofe estaba ocurriendo en el tercer mundo de aquel sistema solar, que era el hogar de unos animales de gran tamaño, unos océanos rebosantes de vida y unos vastos bosques. En un arranque de melancolía, habían bautizado a aquel planeta como Beso de Despedida. Hasta entonces, Beso de Despedida había sobrevivido a las turbulencias generadas en el sistema solar por la presencia de aquel intruso. Su órbita se había tornado excéntrica, pero eso no era nada comparado con lo que estaba a punto de ocurrirle a aquel planeta y a su biosfera. En las próximas horas, sus océanos iban a bullir hasta evaporarse y su atmósfera acabaría desintegrándose.

A una escala distinta, resultaba también sumamente doloroso observar el progresivo deterioro de Martin Klassner. Klassner había demostrado, tras miles de años de especulaciones, que los universos alternativos existían. Era el gran descubrimiento que todo el mundo había creído imposible. Esos universos están ahí, y Klassner había predicho que algún día sería posible viajar a ellos. Ahora los llamaban los universos Klassner.

El año anterior, le habían diagnosticado el síndrome de Bentwood, que provoca delirios ocasionales y lagunas de memoria. Le temblaban constantemente las manos, que eran largas y finas. Se trataba de una enfermedad terminal, y albergaban serias dudas de que pudiera llegar vivo a finales de año. La comunidad buscaba incansablemente un remedio y estaba cerca de lograrlo. Sin embargo, Warren Mendoza, uno de los dos investigadores médicos que viajaban a bordo de la nave, insistía en que llegaría demasiado tarde como para poder salvarlo. A menos que la investigación de Dunninger diera con la cura a ese mal.

—Kage—dijo Klassner dirigiéndose a la inteligencia artificial—. ¿A qué velocidad se desplaza ahora?

Se refería a la enana blanca.

—*Ha aumentado su velocidad ligeramente hasta alcanzar los seiscientos veinte kilómetros, Martin. Se acelerará otro cuatro por ciento adicional a lo largo de su aproximación final.*

Acababan de cenar. Y el impacto iba a tener lugar a las 0414 horas, según el horario de la nave.

—Nunca imaginé que algún día llegaría a ver algo así—afirmó Klassner, mientras volvía sus ojos grises y llorosos en dirección a Boland.

Acababa de volver del olvido. Era sorprendente la facilidad con la que dejaba de ser él mismo para luego volver a serlo.

—Ya, ninguno de nosotros se lo hubiera podido imaginar, Marty.

Se había estimado que un evento como aquel podría tener lugar en las vías de transporte que utilizaba la raza humana una vez cada quinientos millones de años. Pero ahí estaba. Resultaba increíble.

—Dios ha sido muy generoso con nosotros —añadió Boland.

Se podía escuchar perfectamente que Klassner respiraba. Su respiración era un susurro discordante y fatigoso. No obstante, logró decir:

—Aunque hubiera preferido que, ya que vamos a ser testigos de una colisión, el choque se produjera entre dos estrellas de verdad.

—Una enana blanca es una estrella de verdad.

—No. No lo es. Es un cadáver calcinado y consumido.

Aparte de sus otras secuelas, el problema principal del síndrome de Bentwood consistía en que parecía disminuir la inteligencia del afectado. El enorme intelecto que había poseído Klassner había dotado de un brillo especial a su mirada. Pero, ahora, había veces que daba la impresión de que iba con el piloto automático puesto, que nadie iba a al mando de la nave de su mente. Si bien no sería justo afirmar que su mirada se había tornado vacía, lo cierto era que su genialidad había desaparecido completamente, salvo por algún que otro ramalazo ocasional. Y él era perfectamente consciente de ello, recordaba cómo había sido en el pasado. Sabía que solo era un «cadáver calcinado y consumido».

—Ojalá pudiéramos acercarnos más —suspiró Boland.

La comunicación con el puente estaba abierta, y había hecho ese comentario con toda la intención de que Madeleine English, la piloto, lo escuchara.

—*Por lo que a mí respecta, ya estamos demasiado cerca* —replicó Madeleine.

La piloto había utilizado un tono de voz gélido y tajante. Estaba claro que no se dejaba impresionar por el hecho de que el pasaje de la *Polaris* estuviera conformado íntegramente por seis celebridades.

La nave *Centinela* se hallaba en algún lugar por encima del polo norte de Delta Kay y la *Rensilaer* se encontraba en el extremo más alejado de la enana blanca. Ambas naves iban repletas de investigadores que medían, contaban, registraban y recopilaban datos que los especialistas tardarían luego muchos años en analizar. Uno de los principales objetivos de la misión era poder medir, por fin, la curvatura natural del espacio-tiempo.

El entusiasmo se había ido apoderando de las conversaciones entre las diversas naves a medida que se acercaba el momento culminante de aquel fenómeno interestelar.

«¿Habías visto alguna una vez algo parecido?» «Tengo la sensación de que todo lo que he hecho en la vida me ha llevado a este momento.» «Mira a esa hija de puta.» «Cal, ¿qué datos tienes acerca de su aceleración?» Pero ese entusiasmo se había ido apagando a lo largo de las últimas horas. Ahora, los intercomunicadores permanecían callados e incluso los compañeros de pasaje de Boland tenían muy poco que decir.

Todos habían regresado a sus camarotes tras la cena para trabajar un rato, leer o pasar esas últimas horas como mejor pudieran. Pero el instinto gregario se había apoderado de ellos y, uno a uno, con cuentagotas, habían ido abandonando sus camarotes. Mendoza, el sempiterno melancólico taciturno, que iba vestido con unos pantalones blancos y un jersey del mismo color, permanecía absorto y ajeno a todo lo demás; se hallaba totalmente concentrado en el drama que tenía lugar, en aquellos instantes, en el escenario del firmamento. Entretanto, Nancy White garabateaba ciertas notas, que solo iba a poder entender ella misma, mientras intercambiaba miraditas con Tom Dunninger, el colega de Mendoza. Ambos eran microbiólogos. Dunninger se había labrado una extraordinaria reputación en su campo. Había dedicado los últimos años de su carrera profesional a buscar la manera de impedir el proceso de envejecimiento. Asimismo, los acompañaba Garth Urquhart, quien había sido uno de los siete consejeros de los Estados Asociados durante dos legislaturas.

En las pantallas, podía observarse que la tortura que estaba sufriendo Delta Karpis se estaba volviendo más intensa. Aquella bolsa solar se iba estirando cada vez más.

—Quién se iba a imaginar que una estrella podría llegar a distorsionarse tanto sin estallar —comentó Mendoza.

—Pronto lo hará —replicó White.

Las horas fueron transcurriendo, y la conversación no se desvió en ningún momento del espectáculo que estaban contemplando. «¿Cuál es la masa de ese objeto estelar?» «¿Es cosa de mi imaginación o ese sol está cambiando de color?» «El anillo que rodea a esa enana blanca brilla cada vez más.»

Poco antes de la medianoche, se dispusieron a degustar un bufé. Dieron vueltas alrededor de la mesa, picando un poco de fruta y queso. Dunninger abrió una botella de vino y Mendoza brindó por ese gigante cuerpo estelar moribundo que estaban contemplando.

—Durante seis mil millones de años, nadie reparó en esta estrella —aseveró—. Durante todo este tiempo, nos ha estado esperando.

Al contrario que los investigadores que viajaban a bordo de la *Centinel* y la *Rensilaer*, los pasajeros de la *Polaris* eran unos meros observadores. Ninguno de ellos realizaba ninguna tarea concreta, ni tenía que registrar ningún dato. Estaban ahí simplemente para disfrutar de aquel espectáculo, que consistía en diversas imágenes procedentes de las tres naves y de decenas de sondas y satélites. Podían sentarse a observar aquel espectáculo en silencio, o ruidosamente, si así lo preferían. De este modo, Investigaciones y la comunidad científica les estaban dando las gracias por sus diversas contribuciones al progreso de la humanidad.

La *Polaris* no estaba diseñada para ser una nave de investigación, sino que, más bien, era una nave suplementaria, un vehículo de lujo (según los espartanos estándares de Investigaciones) que solía transportar a las personalidades que el director quería impresionar. Normalmente, se trataba de políticos. Aunque, en esta ocasión, se trataba de unos pasajeros de otra índole.

Las imágenes de Delta Karpis y la enana blanca que podían observar en la gran pantalla eran mucho mejores que las que podían ver por con sus propios ojos. Aun así, Boland, que era psiquiatra, se percató de que todos tenían cierta tendencia a colocarse cerca de las escotillas de observación, como si esa fuera la única manera de tener la sensación de que realmente estaban siendo testigos de aquel fenómeno.

Por otro lado, unas grandes explosiones se producían periódicamente en la superficie de aquel sol, desprendiendo unas inmensas olas de gas reluciente que se adentraban en la oscuridad del espacio.

Entonces, un destello de luz blanca emergió de la enana.

—Me da la impresión de que esa enana ha perdido un segmento —observó Urquhart.

—Eso es imposible —replicó Klassner—. Es imposible que un fragmento se desprenda de una estrella de neutrones. Eso era gas.

Boland era el más joven de aquellos pasajeros. Con casi toda seguridad, tenía cuarenta años, y aún conservaba el pelo totalmente negro; asimismo, tenía un aspecto pulcro y elegante y hacía gala de una gran confianza, gracias a lo cual siempre lograba que las mujeres giraran la cabeza a su paso. En los inicios de su carrera, hizo limpiezas mentales y reconstrucciones de personalidad a criminales violentos, para convertirlos en ciudadanos satisfechos con su vida (o al menos respetuosos con la ley). No obstante, era más conocido por su labor en el campo de la neurología, y por el modelo de Boland, que pretendía ser la explicación más exhaustiva y global jamás concebida sobre cómo funciona el cerebro.

Los mundos de Delta Kay que todavía sobrevivían seguían recorriendo serenamente sus órbitas, como si nada inusual estuviera ocurriendo. A excepción del más cercano al sol, que había sido un gigante gaseoso situado tan próximo al astro rey que, prácticamente, había orbitado alrededor de la atmósfera exterior de esa estrella. Ese planeta se había llamado Delta Karpis I. Nunca había tenido otro nombre, y ahora ya había desaparecido tras ser engullido por una llamarada solar. Habían sido testigos directos de aquel suceso, de cómo el planeta entero se había adentrado en aquella llamarada, pero solo un par de sus lunas habían logrado emerger por el otro lado.

Cuando un año antes aquella enana apareció en aquella región, Delta Kay poseía un sistema planetario compuesto de cinco gigantes gaseosos, seis mundos terrestres y un par de cientos de lunas. El planeta más alejado del sol todavía seguía ahí; se trataba de un mundo compuesto de cristal azul que poseía unos brillantes anillos plateados y únicamente tres satélites. Boland lo consideraba el astro celestial más hermoso que jamás había visto.

Beso de Despedida aún permanecía relativamente indemne a pesar de que un gran desastre lo rodeaba. Sus océanos seguían conservando su placidez y la calma reinaba en su firmamento, menos por un huracán que asolaba uno de sus mares australes. Si

bien aquel huracán acababa de nacer, no iba a tener la oportunidad de crecer. La mayoría de los mundos de aquel sistema había sido arrancada de sus órbitas y se hallaba ahora a la deriva. Delta Karpis IV había sido un sistema planetario doble conformado por dos mundos terrestres, cada uno de los cuales poseía su propia atmósfera helada. Aquel desastre los había separado y ahora se desplazaban en direcciones casi diametralmente opuestas.

A pesar de que esa enana era más pequeña que Rimway, más pequeña incluso que la Tierra, poseía más masa que Delta Kay. Boland sabía que si pudiera pisar la superficie de ese objeto celeste, su cuerpo pasaría a pesar miles de millones de toneladas.

A las 2.54 a. m., la enana y su brillante anillo se sumieron en el caos más absoluto y desaparecieron. Urquhart afirmó que le daba igual lo que dijeran todos los demás; según él, era imposible que algo tan pequeño hubiera podido evitar que la conflagración lo engullera. Por otro lado, Tom Dunninger comentó que esa estrella podría haber sido fácilmente cualquier sol de los que prestan su calor a uno de los mundos confederados.

—Es algo que te hace pensar —observó—. Uno se da cuenta de que nadie está a salvo.

Aquel comentario parecía ir con segundas, y Boland se preguntó si con esa indirecta no estaría intentando enviar un «recado» a alguien.

En ese instante, unas enormes explosiones devastaron aquel sol moribundo, y la IA les informó de que las temperaturas se estaban incrementando en su superficie. Su tonalidad básica, que había sido hasta entonces de un color amarillo anaranjado, había pasado a ser blanca. Asimismo, unas mareas de fuego se habían desatado en Beso de Despedida, y unas enormes nubes se alzaban de sus océanos. Entonces, de manera abrupta, la pantalla se quedó en blanco.

—*Hemos perdido la señal* —les indicó la IA.

Al mismo tiempo, Delta Kay V se hallaba a la deriva, y estaba siendo absorbido hacia el centro de la colisión. Hasta entonces, había sido un planeta cubierto de hielo, que poseía una atmósfera sumamente tenue. Sin embargo, ahora, el hielo se había derretido, y su cielo se encontraba repleto de densas nubes grises. En ese preciso instante, dos de los satélites que orbitaban alrededor de un gigante gaseoso llamado Delta Kay VII colisionaron. Sus anillos, marrones y dorados como una puesta de sol, centellearon trémulamente y se quebraron.

Al instante, se escuchó la voz de Maddy por el intercomunicador:

—*La Rensilaer afirma que el sol va a emitir tanta energía durante la próxima hora como en sus últimos cien de millones de años.*

Acto seguido, la *Centinela* informó de que estaba recibiendo más radiación de la que estaba preparada para soportar y que, por tanto, se retiraba. Su capitán le comunicó a Madeleine, en una transmisión que por error también escucharon los pasajeros, que debía tener cuidado.

—*Ahí fuera hace un tiempo espantoso.*

Madeleine English no abandonó el puente. Normalmente, no dudaba en sumarse a sus pasajeros en la sala común cuando las circunstancias así lo permitían, pero, en aquel momento, las circunstancias aconsejaban que permaneciera en su puesto de piloto. Era una mujer muy bella; tenía los ojos azules, una exuberante melena rubia y unas facciones perfectas. Sin embargo, no transmitía sensación de dulzura ni de debilidad, ni de que fuera vulnerable en ningún sentido.

Mendoza preguntó si no se hallaban demasiado cerca de aquel fenómeno estelar.

—*Nos encontramos a una distancia segura* —respondió Maddy—. *No se preocupen. Al primer indicio de sobrecarga de radiación, saldremos pitando de aquí.*

Una hora y ocho minutos después de haberse desvanecido en aquel infierno, la enana reapareció. Según los expertos de las demás naves, se había adentrado directamente en aquel sol y había surcado su interior como una roca atraviesa la niebla. La ráfaga solar que se había extendido hacia ella mientras se acercaba al astro rey se había colapsado en medio de aquellas turbulencias, y ahora se estaba formando una nueva ráfaga en el extremo contrario por culpa de la enorme fuerza gravitatoria que tiraba de la estrella moribunda.

—*Voy a cerrar las escotillas de observación* —les informó Maddy—. *Se tendrán que conformar con ver las imágenes que capten nuestros aparatos, ya que si la estrella estalla prematuramente, no quiero que nadie se quede ciego.*

Dunninger sesteó un poco. E incluso Mendoza también. Nancy White parecía cansada, pero a pesar de que había intentado dormir un poco a lo largo del día, no había habido manera. Sus ritmos circadianos eran los que eran; además, el horario de la nave coincidía con el horario de Andiquar, así que, en realidad, eran las 4.00 a. m. Se había tomado algo para permanecer despierta. Si bien Boland no sabía qué era, reconocía los síntomas.

Entonces, los motores de la nave se aceleraron repentinamente, lo cual sobresaltó a Boland. Al instante, Madeleine hizo acto de presencia fugazmente en el umbral de la puerta para informarles de que «fuera la cosa se estaba poniendo un poco calentita» y que, por tanto, iba a retirar la nave a una distancia más prudencial.

—*Abróchense los cinturones* —les advirtió.

Consiguieron abrochárselos tanto a Mendoza como a Dunninger sin despertarlos. Acto seguido, Boland se colocó el suyo.

Por muy increíble que pareciera, no daba la impresión de que la enana blanca hubiera disminuido su actividad. Todavía arrastraba consigo las entrañas del sol que se hallaba tras ella. Aquella escena le hizo pensar a Boland en un chicle estirado a escala cósmica.

Por otro lado, un experto en colisiones estelares, que viajaba a bordo de la *Centinela*, había predicho que aquel sol se iba a colapsar durante el transcurso de aquel fenómeno. Según él, el derrumbe final iba a tener lugar en cuanto las diversas fuerzas generadas por el tránsito de la enana blanca por su interior hubieran tenido tiempo de atravesar las capas exteriores de aquel astro rey. No obstante, hay que señalar que Delta Karpis era una cuarta parte más grande que

el sol del sistema solar del que provenían aquellos observadores, y un tercio más grande que nuestro sol.

Entonces, Maddy permitió que sus pasajeros escucharan que uno de los expertos de la *Rensilaer* advertía de lo siguiente:

—Sucederá en cualquier momento.

Aquellas palabras despertaron a Mendoza y Dunninger.

—Se está muriendo —observó Klassner—. Lo que vais a ver, en primer lugar, es que se colapsa del todo.

Momentos después, se produjo uno de sus frecuentes cambios de personalidad; pasó a ser otra persona. Primero, dio la impresión de hallarse desconcertado; luego, adormilado. Boland pudo observar que se le caían los párpados. En unos minutos, Klassner se quedó dormido.

Lo primero que vieron fue una intensa luz blanca que acabó borrando todas las imágenes que estaban viendo en los monitores hasta entonces. Se escuchó a uno de ellos respirar hondo, pero nadie habló. Mendoza, que se encontraba sentado junto a Klassner, miró a Boland, y sus miradas se cruzaron. Boland conocía a Mendoza muy bien. Eran amigos desde hacía mucho tiempo, pero, en aquel momento, sintieron que entre ellos se había forjado un vínculo mucho más especial, como si fueran unos marineros que se hallaran frente a una orilla siniestra.

De un salto, dejaron atrás la órbita del quinto planeta y aparecieron en un emplazamiento previamente acordado, donde se reunieron con las demás naves. Klassner se despertó durante el salto y la desolación se apoderó de él cuando le dijeron que ya había acabado todo.

—Te quedaste dormido —le explicó Mendoza—. Intentamos despertarte, pero no hubo manera.

—No pasa nada —le consoló White—. Ya se presentará otra oportunidad más adelante de poder ver algo parecido.

Desde el lugar donde se hallaban en esos momentos, la explosión todavía no había tenido lugar, aún se encontraban a cuarenta minutos de distancia, de tal modo que los investigadores tuvieron tiempo de prepararse mientras esperaban a que el fenómeno se produjera otra vez. Klassner se sentía muy decepcionado, pero hizo de tripas corazón, y comentó jocosamente que cuando le contara a su hija lo que había ocurrido, no le iba a sorprender lo más mínimo. Sin embargo, ese comentario extrañó a Boland, que tenía entendido que Klassner no tenía hijos.

Desde la distancia a la que se encontraban en ese instante, Delta Karpis habría tenido normalmente el aspecto de un disco relativamente pequeño. Pero, en esos momentos, aquel disco había desaparecido y había sido reemplazado por una mancha amarilla retorcida con forma de pera.

Nancy White estaba sentada con su cuaderno en las manos, donde dejaba constancia de sus impresiones, como si algún día pretendiera publicarlas. Se había labrado una gran reputación por ser la artífice y moderadora de una serie de programas llamados *Las charlas junto a la hoguera de Nancy White*, en donde hablaba sobre

ciencia y filosofía con el público; así como *Fuera de su tiempo*, un programa de debate que le permitía sentarse cada semana con simulaciones de figuras históricas, que iban desde Hammurabi a Adrian Cutter pasando por Myra Kildare, con las que debatía sobre los problemas del presente. Si bien el programa no había sido nunca enormemente popular, le encantaba a la gente adecuada (tal y como les encantaba repetir una y otra vez a sus productores).

En ese instante, Urquhart hablaba en voz baja con Mendoza. Y Dunninger había abierto un libro, pero, en realidad, no le estaba prestando mucha atención.

Realizaron la cuenta atrás, y volvió a suceder. Aunque, a esa distancia, aquel fenómeno resultó mucho menos doloroso de observar. Aquella pera se combó, y la luz que entraba a través de las escotillas de observación se intensificó y atenuó sucesivamente varias veces hasta que, por fin, se redujo a un fulgor rojizo de carácter un tanto hostil.

Resultaba extraño revivir lo mismo dos veces. Pero esa era una de las ventajas de viajar a velocidad superior a la luz. Si uno no podía ser más rápido que la luz, siempre podía viajar a través del tiempo.

Al cabo de dos horas, Delta Karpis había desaparecido. Ya solo se podía apreciar el resplandor de un gas luminoso y el reluciente anillo dorado que rodeaba a la enana. Entretanto, observaron cómo la estrella de neutrones proseguía su camino serenamente por el espacio.

2

Rondel (Rondo) Karpik era el jefe del servicio de vigilancia de comunicaciones de la estación Índigo, cerca de la frontera exterior del espacio confederado. Su título de jefe era más nominal que otra cosa, salvo cuando llegaba el momento de realizar misiones importantes, ya que era la única persona encargada de la vigilancia. En esos momentos, la misión Delta Kay ya había dejado de ser una misión importante, puesto que ya habían colocado diversos sensores en puntos estratégicos y los datos procedentes de las tres naves ya habían sido transmitidos y almacenados; asimismo, los expertos que se hallaban a bordo de la estación habían expresado su admiración por la eficiencia con la que los investigadores habían realizado las tareas que les habían encomendado; no obstante, habían estimado que tardarían meses en comunicar los resultados del análisis de esos datos. A bordo de la *Centinela* viajaba un periodista que informaba a una agencia de noticias. Dicha agencia había distribuido una serie de noticias que glosaban la majestuosidad de aquel fenómeno de un modo tan empalagoso que Rondo creyó que iba a vomitar. Después, la flota había anunciado que regresaba a casa, y los expertos y los periodistas se habían retirado a la gumpería Cappy's, y no los había vuelto a ver desde entonces.

A pesar de que aún estaba recibiendo algunos datos de posición y alguna que otra información irrelevante, estaba claro que la diversión había acabado. Además, tenía que admitir que nunca había visto estallar a una estrella; o, al menos, no tan cerca.

—Índigo, estamos listos para realizar nuestro salto.

Bill Trask lo miró desde la pantalla situada en el centro de aquella sala. Bill era el capitán de la *Rensilaer* y, desde el punto de vista de Rondo, el capitán más gilipollas de todos los que solían pasar por Índigo. Era el típico idiota que siempre dejaba bien claro que no tenía tiempo que perder con la chusma y en qué lugar del escalafón se hallaba su interlocutor. Era grande y corpulento, y tenía el pelo canoso, así como una voz profunda y grave; todo el mundo lo temía. Al menos, todos los de comunicaciones.

—Estimamos que llegaremos a Índigo con suma puntualidad. Id preparando los pucheros que allá vamos.

Aquel mensaje había sido enviado quince horas antes. Tras haber pronunciado esas palabras, Trask cortó la comunicación, y su imagen se desvaneció de la pantalla.

A continuación, Rondo abrió un canal, pero solo de audio.

—Recibido, *Rensilaer* —contestó—. Les estaremos esperando.

Las tres naves iban a detenerse en esa estación, y luego proseguirían su viaje a Rimway, por supuesto. Índigo era un mundo cilíndrico que orbitaba El Jardín de las Delicias, un planeta que había sido colonizado hacía apenas treinta años y que ya poseía una población de diecisiete millones de habitantes. Asimismo, Índigo contaba con casi medio millón más.

Aunque los últimos días habían tenido una gran importancia histórica, a Rondo le había resultado bastante difícil dejarse llevar por la emoción. Era candidato a ser ascendido a encargado del departamento, y eso era lo único que le importaba en aquellos momentos. Los acontecimientos como el que acababa de vivir eran un auténtico peligro para él. Eran situaciones en las que había poco que ganar y mucho que perder. Si uno las manejaba con solvencia, nadie se percataba de ello. Pero si uno metía la pata, o decía lo que no debía a un periodista, adiós muy buenas. Así que decidió mantener en todo momento una actitud extremadamente profesional; se centró, sobre todo, en mantener a los expertos contentos y en cerciorarse de que las diversas transmisiones hiperlumínicas se recibían bien y en orden, acababan hallándose a disposición de todos y se retransmitían a Rimway. A pesar de todo, era una tarea bastante fácil. Lo único que tenía que hacer era dejar que la IA se ocupase de los detalles, mostrarse diplomático y amable y hallarse a mano por si acaso surgía algún problema.

Observó los indicadores de la *Rensilaer*, y cuando adoptaron un color azul, informó a la sección de operaciones de que la nave había saltado, y les proporcionó su tiempo estimado de llegada.

Diez minutos después, Eddie Korby, el capitán de la *Centinela*, apareció en pantalla; era un joven tranquilo y aplicado. Por su aspecto, daba la impresión de ser una persona tímida. La última persona en el mundo que uno se imaginaría a los mandos de una nave estelar. No obstante, siempre llevaba a una mujer atractiva colgada del brazo. A veces, incluso a dos o tres.

—Índigo, *partiremos en cuatro minutos* —le informó—. *Espero que hayáis podido ver el espectáculo. Delta Kay ha implosionado literalmente. Los pasajeros parecen sentirse bastante satisfechos con los resultados de la misión. Nos vemos en un par de semanas. Desde la Centinela, corto y cambio.*

A continuación, apareció Maddy en pantalla.

—*Volvemos a casa, Rondo* —le comunicó—. *Partimos de inmediato.*

Tras ella, en la pantalla de operaciones se podía apreciar el fulgor de la estrella moribunda que confería a la capitana un aura especial. Daba la impresión de que Maddy era un ser sobrenatural por el mero hecho de estar ahí con su silueta recortada frente al fulgor de la conflagración. Era una mujer espectacular. Pero también había algo en ella que parecía decir «no tocar».

—*Desde la Polaris, corto y cambio* —añadió.

A continuación, Rondo le dio otro sorbo a su gumpo, que era un extracto de una planta que crecía en el mundo sobre el que orbitaba Índigo, a cuyo sabor se había acostumbrado hacía mucho tiempo. Sabía como a limón, aunque picaba un poco, pero, pasado un tiempo, proporcionaba una sensación general de bienestar y calidez.

Entonces, los indicadores de la *Centinela* adquirieron una tonalidad azul. La nave estaba a punto de partir.

Pasó la información a Operaciones, porque así lo establecía el procedimiento de actuación, a pesar de que era perfectamente consciente de que a nadie en esa sección le importaba lo más mínimo. Comprobó el cuaderno de bitácora, hizo una anotación sobre las últimas maniobras de la *Centinela* y aguardó a que las luces de la *Polaris* cambiaran de color.

Cuando una nave se hallaba en el espacio lineal, los indicadores brillaban con un color blanco, que se tornaría azul en cuanto fuera a realizar el salto. Veinte minutos después de que Maddy comunicara que estaban listos para partir, las luces seguían siendo de color blanco.

Algo iba mal.

—Jack, revisa el panel de control para asegurarnos de que el problema no es nuestro —le ordenó a su IA.

Los diversos sistemas entablaron una conversación entre susurros, y, a continuación, los indicadores parpadearon; se volvieron amarillas, luego verdes y más tarde regresaron a su color blanco habitual.

—*No detecto ningún problema en nuestros sistemas, Rondo* —le aseguró Jack.

Maldición, pensó. Cómo odiaba que surgieran complicaciones. Aguardó unos cuantos minutos más, pero las luces siguieron sin cambiar de color de manera desafiante.

Siguen blancas, pensó.

Odiaba que hubiera problemas. Lo odiaba con toda su alma. Siempre que se montaba un lío muy gordo, normalmente resultaba que alguien se había quedado dormido. O que se la había olvidado activar un interruptor. No obstante, al final, decidió informar a Operaciones a regañadientes.

—La *Polaris* tendría que haber saltado hace veinticinco minutos. No sabemos qué sucede.

Charlie Wetherall, el supervisor de Rondo, se personó ahí unos minutos después. Después, hizo acto de presencia un técnico que se había enterado de lo que estaba sucediendo. Tras realizar varias pruebas, el técnico afirmó que no era un problema de la estación Índigo, sino de la nave. Pasados unos cuarenta y cinco minutos, llegaron los primeros periodistas, que se habían enterado de que ocurría algo. *¿Cuál es el problema?*, se preguntaban.

Rondo permaneció callado en todo momento y dejó que fuera Charlie quien hablara.

—Son cosas que pasan —aseveró Charlie—. Es normal que a veces se interrumpen las comunicaciones.

Sí, era cierto que eso solía pasar.

Sin embargo, Rondo no era capaz de explicarse por qué no habían recibido ningún mensaje de Maddy si esta tenía algún problema para saltar.

—Se les habrá estropeado el transmisor —añadió Charlie, a modo de excusa, mientras esbozaba un gesto con el que sugería a Rondo que no dijera nada que pudiera alarmar a los periodistas. O a cualquier otra persona.

—Entonces no cree que tengan problemas, ¿verdad? —inquirió una de los periodistas, que se llamaba Shalia no sé cuántos.

Era una mujer de tez oscura que había estado enrabiada durante semanas porque no le habían hecho un hueco en la misión.

—Joder, Shalia —replicó Charlie—. Por el momento, tendremos que esperar hasta que tengamos más información. Aunque, de todos modos, no hay nada de que preocuparse.

Acto seguido, Charlie guió a los periodistas hasta una sala de conferencias y buscó a alguien para que se quedara y charlara con ellos, y tenerlos así contentos. Les prometió que les informaría de todo en cuanto la estación recibiera alguna noticia de la *Polaris*.

Charlie era pequeño y orondo. Cuando la gente cometía errores que le salpicaban a él, mostraba su mal genio y saltaba a la mínima; obviamente, creía que Maddy la había fastidiado, y estaba muy enfadado con ella. *Mejor que esté cabreado con ella que conmigo*, pensó Rondo. No obstante, en cuanto regresaron al centro de comunicaciones, volvieron a escuchar la última transmisión de la *Polaris*.

—*Volvemos a casa, Rondo. Partimos de inmediato. Desde la Polaris, corto y cambio.*

—Esto no nos aclara nada —afirmó Charlie—. ¿Qué querría decir con eso de «partimos de inmediato»?

—Seguro que no pensaba tardar una hora.

—Vale. Voy a consultarlo con los de arriba. Permanezca alerta.

Diez minutos más tarde, Charlie regresó acompañado por el director de operaciones de la estación. Para entonces, ya había congregada una multitud en el centro de comunicaciones y los periodistas habían abandonado la sala de conferencias donde pretendía retenerlos. El director prometió hacer una declaración en cuanto supieran algo al respecto, y aseguró a todo el mundo que únicamente se trataba de un fallo técnico.

Reprodujeron la transmisión de Maddy una y otra vez. El director confesó que no tenía ni idea de lo que podía estar ocurriendo y le preguntó a Charlie si había sucedido algo así anteriormente. La respuesta fue no.

—Vamos a esperar una hora más —decidió el director—. Y si para...

En ese instante, consultó la hora y añadió:

—... para las cinco, todo sigue igual, enviaremos a alguien a la nave. ¿Podríamos pedir a alguna de las otras dos naves que la acompañaban que regresen?

Al instante, Charlie consultó su monitor.

—Negativo —contestó—. Ninguna de las dos dispone de combustible suficiente como para hacer un giro de ciento ochenta grados.

—¿Quién más anda por ahí en estos momentos?

—No hay nadie cerca.

—Vale. ¿Quién es el que está «menos lejos»?

De inmediato, Rondo dio unos golpecitos a la pantalla con la intención de llamar la atención a su jefe sobre algo que aparecía en ella.

—Al parecer, Miguel —afirmó Charlie.

Miguel Álvarez era el capitán del *Rikard Peronovski*, una nave que llevaba suministros a Makumba y que, al mismo tiempo, estaba realizando algunas pruebas sobre inteligencia artificial.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar hasta la *Polaris*?

Mientras Charlie observaba la pantalla, Rondo hizo los cálculos.

—Tardará unos cuatro días en reorientarse y prepararse para el salto. Añada a eso, el tiempo que tarde en llegarle nuestra petición y el que necesite para poder maniobrar por Delta Kay, así que calcule que tardará no menos de una semana.

—De acuerdo. Si para las cinco seguimos sin saber nada, avíselo de que debe partir en busca de la *Polaris* —ordenó el director, al mismo tiempo que hacía un gesto de negación con la cabeza—. Menuda putada. Hagamos lo que hagamos, cierta gente se va a enfadar mucho. Por cierto, repítame el nombre del capitán, Charlie.

—Miguel.

—No. Me refiero al de la *Polaris*.

—Se llama Maddy. Madeleine English.

—¿Alguna vez hemos tenido problemas con ella?

—No que yo sepa —respondió, y, acto seguido, miró a Rondo, quien negó con la cabeza—. No. Ninguno.

—Bueno, pues tenga claro que cuando todo esto acabe, será mejor que tenga una buena excusa, porque, si no, le vamos a retirar la licencia.

Para su alivio, Rondo abandonó el centro de comunicaciones y se retiró a su habitación. Se duchó, se cambió de ropa y bajó al Murciélago Dorado, donde cenó, como solía hacer casi siempre, con sus amigos. Comenzó a hablar de lo que había ocurrido, pero enseguida se dio cuenta de que ya había corrido la voz.

Había dado buena cuenta ya de la mitad del pollo asado que le habían servido cuando Talia Corbett, una especialista en IA, apareció y les comentó que todo seguía

igual, que no se había recibido ninguna comunicación de la *Polaris*. Habían avisado al *Peronovski*. Miguel iba a acudir al rescate.

La hipótesis más comentada era que debía de tratarse de un fallo grave de las comunicaciones, puesto que nada más podía explicar lo que estaba sucediendo. Salvo que se hubiera producido una catástrofe. Cuando uno dice la palabra «catástrofe» en una situación así, tiende a captar la atención de todo el mundo.

Llevaba casi todo el año intentando engatusar a Talia para acostarse con ella. Y aquella noche, triunfó. Más tarde, concluyó que los problemas de la *Polaris* habían sido responsables en parte de su triunfo. *Qué mala espina me da todo este asunto...*, pensó. Entretanto, los indicadores de la *Polaris* seguían de color blanco.

3

Los mundos y lunas supervivientes de Delta Kay se estaban dispersando. Y un gran anillo de luz señalaba el avance de la enana blanca. Entonces, cerca de la posición desde la cual la *Polaris* había enviado su último mensaje, un conjunto de luces parpadearon y la descomunal masa de hierro gris que conformaba el *Rikard Peronovski* surgió aparentemente de la nada.

Miguel Álvarez, quien normalmente viajaba solo en aquel enorme carguero, estaba contento de llevar un pasajero a bordo esta vez. Si la *Polaris* se encontraba realmente en apuros, le vendría bien poder contar con la ayuda de alguien más.

Conocía a Madeleine. No muy bien, pero sí lo bastante como para saber que no era ninguna pelele. Habían pasado casi seis días desde que Maddy había realizado su última transmisión, y, desde entonces, no habían recibido ninguna señal de la nave. Sin duda alguna, se trataba de algún problema con el sistema de comunicaciones. Tenía que serlo. Por tanto, no esperaba toparse con nada en aquella región del espacio, ya que, sin duda alguna, Maddy se encontraba ya navegando por el espacio de Armstrong, con el sistema de comunicaciones estropeado, pero de regreso a casa. Si ese era el caso, llegaría a Índigo en unos diez días más, más o menos.

El *Peronovski* transportaba a la recién fundada colonia de Makumba suministros en general: comida, repuestos, equipo medioambiental y demás cachivaches diversos. Investigaciones había aprovechado la oportunidad para poner a prueba el Navegante, que era, tal y como insistía en señalar su pasajero, un sistema de inteligencia artificial diseñado para navegar por el espacio profundo y atracar en él. El pasajero se llamaba Shawn Walker, y era especialista en IA.

Miguel esperaba haber recibido un segundo mensaje mientras iba de camino para allá, del tipo: «Todo va bien, ya hemos recibido noticias de la *Polaris*. Puede proseguir con el trayecto que tenía previsto en un principio». Pero todos los informes que había recibido cada hora, hasta entonces, eran más bien del tipo: «Seguimos sin saber nada». Lo cual simplemente confirmaba sus sospechas de que esa nave ya se encontraba de camino a casa, aunque oculta en los pliegues del espacio de Armstrong. Podía imaginarse lo frustrada que debía de sentirse Maddy al ser consciente de que estarían intentando dar con ella y no ser capaz de establecer contacto con nadie.

Walker se encontraba en el puente junto a él cuando llegaron a aquella zona del espacio. Miguel no estaba seguro de qué se iba a encontrar. Los instrumentos le indicaban que, ahí, solo había unas vastas nubes de gas; sin embargo, lo único que era capaz de ver era el anillo de luz que rodeaba a aquella estrella de neutrones.

Shawn Walker tenía alrededor de cuarenta años, era de estatura media y padecía un poco de sobrepeso. No daba la impresión de ser especialmente inteligente, y tal vez no lo fuera. Era uno de esos tipos que saben manejarse muy bien con las inteligencias artificiales, y a los que no parece importarles nada más en el mundo. Cuando se sentaban a comer, solo hablaba de trabajo. Como sabía que Walker estaba casado, Miguel se preguntaba si también sería así en casa.

Entonces, giró su nave hacia la posición donde sabían que había estado la *Polaris* por última vez, aceleró y se dispuso a escanear el espacio en busca de una nave que no esperaba encontrar. Después, Miguel envió un mensaje a Índigo para informarles de cuál era la situación en esos momentos. A continuación, preguntó a Sebastian, la IA experimental de Shawn, cuándo preveía que iban a localizar a esa nave perdida.

—*Si se encuentra en esta zona, y ha mantenido su curso y velocidad, como cabría esperar, la divisaremos dentro de unas cuantas horas* —respondió Sebastian.

—¿Qué haremos si ya no se encuentran aquí? —preguntó Shawn a Miguel.

—Los buscaremos en otro lugar.

—Esto, quería decir que qué pasará si ya están de camino a Índigo.

—Pues supongo que nos quedaremos aquí hasta que Índigo nos comunique que han aparecido —conjeturó Miguel, quien se percató de que en el rostro de Walker se reflejaba cierta angustia.

—¿Te encuentras bien, Shawn?

—Conozco a Warren. A Mendoza. Iba a bordo. Es un viejo amigo mío.

—Seguro que estarán bien.

—También viajaba Tom Dunninger. Aunque a ese tipo no lo conocía muy bien, pero hemos coincidido alguna vez.

Después de mantener esa conversación, cenaron, jugaron a las cartas, vieron una película y regresaron al puente desde donde observaron aquel despiadado firmamento.

Miguel no durmió bien. Aunque no estaba seguro de por qué. En una ocasión anterior, ya había realizado una misión de rescate con el fin de salvar una nave cuyos motores habían explotado. Aquella nave se había llamado la *Borealis* y aquel incidente había ocurrido diez años antes. Habían tenido suerte: el capitán llevaba a once personas a bordo, y sobrevivieron diez. Recibió una mención honorífica, y los pasajeros rescatados habían celebrado una fiesta en su honor. Había sido uno de los momentos más importantes de toda su vida.

Pero esta misión era distinta. Si bien no estaba seguro de qué era eso que tanto lo inquietaba, su intuición le impedía cerrar los ojos, le impedía relajarse.

Por la mañana, pudo comprobar que seguían sin detectar ni el más mínimo rastro de la *Polaris*. Desayunó temprano, y, una hora después, se encontraba sentado

tomando un café mientras Shawn daba buena cuenta de su desayuno. Sebastian les informó repetidamente de que seguía sin detectar nada en el vacío espacial.

Miguel se dedicó a deambular de aquí para allá. Fue de la sala común al puente, se montó en el tubo de gravedad cero que llevaba a la sala de carga, posó la mirada sobre dos compartimentos adicionales que se encontraban alejados de la zona de carga principal e inspeccionó el envío que llevaban a Makumba, que se suponía que tenían que entregar en un par de días. Al final, se subió al trasbordador y se sentó. Al cabo de un rato, Shawn apareció por ahí y le preguntó si estaba bien.

—Claro —contestó—. Pero no tengo ganas de pasarme las dos próximas semanas aquí.

—*Miguel* —le interrumpió Sebastian—. *Hemos peinado toda la zona en la que se supone que debería estar esa nave. Sin duda alguna, la Polaris no se encuentra aquí.*

—Por tanto, saltaron, ¿no?

—O cambiaron de curso. O aceleraron.

Miguel no albergaba ninguna duda de que la *Polaris* estaba volviendo ya a casa.

—Vale, si nos vamos a tener que quedar aquí, será mejor que hagamos las cosas bien —replicó—. Sebastian, expande el área de búsqueda. Daremos por sentado que la explosión les hizo desviarse de su curso. Ampliaremos la zona de búsqueda. Buscaremos más allá del lugar donde la estrella principal solía estar.

»Va a ser una pérdida de tiempo y dinero —masculló—. Pero vamos a hacerlo siguiendo al pie de la letra las normas.

Miguel se estaba enfadando con Maddy. Habría sido muy considerado por su parte que hubiera dejado un satélite en el lugar donde había estado la nave para informar a cualquiera que acudiera en su rescate de que estaban bien y volvían a Índigo. Se habrían ahorrado tanto lío y tanto follón.

Siguió jugando a las cartas con Shawn. También comenzó a leer el último *thriller* de Chug Randall, en el que Chug tenía que burlar con su astucia a una banda de piratas interestelares que querían hacerse con un cargamento de obras de arte de valor incalculable. Vio algunas tertulias. (A Miguel le encantaba ver cómo discutía la gente. Le daba igual por qué discutían, siempre que la bronca fuera apasionada y a voz en grito. Y cuando se trataban temas de política o religión era cuando se proferían los mayores berridos.)

Comía más de lo que solía comer en un vuelo normal. Y solía saltarse sus ejercicios diarios. Y siempre se prometía que iba a volver a su rutina habitual al día siguiente.

Entonces, otro día más llegó a su fin, y le dio las buenas noches a Shawn, quien parecía hallar en el estudio de Sebastian un entretenimiento sin fin. Si bien Miguel no había dormido bien la primera noche porque le preocupaba que pudieran dar con la *Polaris* de un momento a otro, ahora no dormía bien porque estaba aburrido y cabreado. Lo cual pensaba hacérselo saber a Maddy la próxima vez que la viera.

Logró conciliar por fin el sueño alrededor de las 02:00 horas. Sin embargo, Sebastian lo despertó diez minutos después.

—*Miguel, acabo de divisar la Polaris.*

Aquella nave había perdido bastante el rumbo, puesto que se había desviado unos cuarenta grados de su trayectoria original. Además, había trazado un ángulo descendente con respecto al plano de lo que hasta entonces había sido un sistema planetario. Asimismo, avanzaba a una menor velocidad de la esperada. Entonces, Miguel envió un mensaje a Índigo, y, acto seguido, despertó a Shawn.

El especialista en IA pareció sentirse aliviado.

—Al menos, ya sabemos dónde están —afirmó.

Pero ¿por qué se encontraban en aquel lugar del espacio? No había una explicación simple para esa pregunta que no implicara que se hubiera producido una catástrofe, o un fallo simultáneo de los sistemas de comunicación y propulsión, lo cual era bastante improbable. No obstante, había otra posibilidad que ni siquiera quería plantearse: que la metralla de la explosión, las rocas que aquel sol moribundo había lanzado al espacio a gran velocidad, hubiera atravesado el casco de la nave, o que quizá la radiación hubiera conseguido penetrar los escudos de la nave.

—¿A qué distancia estamos, Sebastian?

—A seis coma seis millones de kilómetros.

—Abre un canal.

—*Canal abierto.*

—*Polaris*, les habla el *Peronovski*. Madeleine, ¿va todo bien?

Miguel respiró hondo y se dispuso a esperar. La señal tardaría casi un minuto en ir y volver, más el tiempo que Maddy necesitara para responder.

—*Las lecturas de energía son normales* —aseveró Sebastian.

Entonces una imagen de la *Polaris* apareció en la pantalla del trasbordador. De ese modo, pudieron comprobar que aquella nave surcaba el espacio con todas sus luces apagadas.

Miguel aguardó un minuto. Luego dos.

—Maddy, responde por favor.

Shawn se frotó la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué opinas? —inquirió.

—No sé qué pensar. Madeleine, ¿estás ahí?

El silencio reinó en el puente de mando.

—Sebastian, ¿puedes contactar con su IA? —preguntó.

—*Negativo, Miguel. No recibo ninguna respuesta.*

—Vale —replicó—. Shawn, vayamos a echar un vistazo.

La *Polaris*, a pesar de ser una nave pequeña, era muy vistosa. Sus colores eran el negro y el plata; además, poseía una parte posterior acampanada y unos módulos con forma de lágrima en los flancos, así como un fuselaje con forma de flecha y un puente superpuesto sobre la proa. Aunque ninguna de estas características respondía a un criterio de funcionalidad. Lo único que necesita una nave estelar son unos motores y un diseño simétrico. Aparte de eso, el aspecto que tenga no importa demasiado. No obstante, como la *Polaris* había sido diseñada para impresionar a cierta gente muy importante, Investigaciones había invertido bastante dinero en su diseño.

Se acercaron a ella montados en el trasbordador, y, en cuanto se hallaron cerca, Miguel se dispuso a inspeccionar el casco de aquella nave. No había el menor indicio de que hubiera sufrido algún daño. Ni tampoco la menor señal de movimiento en el puente.

—Despresuriza la cabina, Sebastian. Y guíanos directamente a la esclusa de aire principal.

La IA cumplió su cometido. Miguel y Walker comprobaron que todo estaba en orden en el traje presurizado del otro, y cuando las luces se volvieron verdes, abandonaron el trasbordador y saltaron hacia la *Polaris*.

La escotilla exterior respondió a las órdenes del panel de control que había junto a ella y se abrió de par en par. En cuanto atravesaron la esclusa de aire, la escotilla se cerró tras ellos y la presión atmosférica comenzó a subir. Cuando esta alcanzó unos niveles normales, la puerta interior se abrió.

Si bien el sistema de gravedad artificial estaba conectado, el interior de la nave se hallaba a oscuras. Comprobaron que la temperatura se encontraba dentro de unos baremos normales y, acto seguido, encendieron las luces de sus muñequeras y procedieron a quitarse los cascos.

—Hola, Kage —saludó Miguel a la IA de la nave—. Responde, por favor. ¿Qué ocurre?

Shawn iluminó con su luz una mesa y unas sillas. Entonces, se percataron de que se hallaban en la sala común. Todo parecía normal salvo por el hecho de que las luces se encontraban apagadas y no había nadie ahí.

—¿Kage? —insistió.

Si bien no debería haber sido capaz de lograr que la IA respondiera sus órdenes, sí debería haber conseguido que respondiera a sus preguntas.

A continuación, Shawn intentó probar suerte con la IA, pero no dio resultado y acabó haciendo un gesto de negación con la cabeza.

—No funciona —aseveró.

Miguel observó el puente detenidamente. No había nadie ahí. Ni se veía ningún desperfecto a simple vista.

—¿Están muertos? —preguntó Shawn.

—No lo sé.

—Pero podría haber pasado algo así, ¿no?

—Entonces habríamos visto un agujero en el casco.

—¿Y si alguno se volvió loco? Quizá alguno de ellos perdió la cabeza y mató al resto.

—¿Estás insinuando que uno de ellos se puso a repartir hachazos a diestro y siniestro? Aquella era una hipótesis ridícula. Sobre todo, teniendo en cuenta quiénes viajaban a bordo de aquella nave. Todas aquellas personas habían llevado siempre una vida ejemplar. Miguel había revisado sus expedientes mientras iban de camino a su rescate. Todos ellos eran unos auténticos pilares de la comunidad, unos ciudadanos modelo. Sin embargo, la posibilidad de que alguno hubiera enloquecido hizo que le recorriera un escalofrío. Ya que si esa teoría era cierta, aquel demente todavía se hallaría a bordo de la nave.

—Necesitamos más luz —comentó Miguel.

A continuación, cruzó el puente y se sentó en el asiento del piloto. El panel de control era de lo más normal, así que decidió conectar un par de interruptores que parecían ser los que activaban la iluminación de la nave. Y se hizo la luz.

—Kage, ¿me escuchas? —inquirió.

Solo obtuvo el silencio como respuesta. Al instante, Shawn se arrodilló y abrió una caja negra que se encontraba en la base del asiento del piloto.

—Los circuitos parecen intactos.

Acto seguido, tocó un interruptor y lo activó.

—Inténtalo ahora.

—Kage, ¿estás ahí?

—*Hola* —se oyó decir a alguien con voz de mujer—. *¿Con quién hablo?*

—Con el capitán Miguel Álvarez del *Peronovski*. Kage, ¿qué ha sucedido en esta nave?

—*Disculpe, capitán, pero no entiendo la pregunta.*

—Se supone que debías haber iniciado tu regreso a Índigo hace seis días. Pero, en vez de eso, te hemos encontrado navegando a la deriva cerca de Delta Kay. Bueno, cerca de donde antes solía estar Delta Kay. ¿Qué ha ocurrido?

—*No lo sé, capitán.*

—¿Acaso alguien te apagó, Kage?

—*No que yo sepa.*

Miguel observó el interior de la caja negra. Alguien podría haber desconectado alguno de los circuitos principales sin que ella hubiera sido consciente de lo sucedido. De ese modo, podrían haberla llegado a apagar. Pero si era eso, precisamente, lo que había sucedido, ¿por qué se habían tomado la molestia de reconectar ese circuito y no habían pulsado el interruptor adecuado para reactivar la IA? ¿Por qué el hipotético saboteador había actuado de esa forma?

—Kage, ¿qué es lo último que recuerdas?

—*Estábamos a punto de saltar al espacio de Armstrong. Habíamos concluido la misión.*

—¿Y qué pasó entonces?

—*Eso es todo lo que recuerdo. Acto seguido, me he encontrado hablando contigo. No soy consciente de que haya transcurrido un lapso entre ambos hechos.*

—Kage, ¿dónde está Madeleine? —preguntó.

—*No lo sé. No la detecto.*

—¿Y los demás?

—*No detecto a nadie en la nave.*

—Miguel, Kage no alcanza a ver todos los rincones de la nave. Sucede lo mismo con todas las inteligencias artificiales. Tendremos que buscarlos nosotros mismos —le explicó Shawn.

Encendieron las luces y comenzaron a revisar la nave por la popa. Atravesaron la sala común y recorrieron el pasillo principal, a cuyos lados había varias puertas; en

concreto, cuatro a cada lado. A pesar de que Miguel nunca antes se había encontrado a bordo de la *Polaris*, sabía que aquellos debían de ser los camarotes del capitán y sus pasajeros.

—¿Madeleine? —gritó—. ¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Su voz reverberó por toda la nave.

—Esto es espeluznante —afirmó Shawn.

—Sí que lo es. No te alejes de mí hasta que sepamos qué está pasando.

Tocó el mecanismo de apertura de la primera puerta, la del camarote del capitán, y, al instante, esta se abrió. Si bien estaba vacío, la ropa de Maddy todavía colgaba de las perchas.

El camarote de enfrente también se hallaba vacío. Así como los demás cuartos, y cada uno de los baños.

—¿Qué hay en el piso inferior? —preguntó Shawn, con un tono de voz que apenas era un susurro.

—El compartimento de carga, los motores y el módulo de aterrizaje.

Bajaron al piso inferior para registrarlo y comprobaron que no había nadie en el compartimento de carga.

—Esto es de locos —aseveró Shawn.

Miguel se adentró el primero en la sala de motores, donde no encontraron a nadie escondido en los huecos que quedaban entre los motores. Tampoco hallaron a nadie en el almacén. Ni en el área de lanzamiento. Entonces, decidieron echar un vistazo al módulo de aterrizaje, que era el único lugar de la nave que no habían registrado. Miguel abrió la escotilla y recorrió su interior con la mirada.

No había nadie en el asiento delantero. Ni tampoco en el de atrás.

Aquel lugar parecía dominado por una presencia sobrenatural.

—Pero ¿qué coño está pasando? —preguntó Miguel retóricamente.

Registraron también un cuarto de baño en la cubierta inferior, pero también se encontraba vacío. Después se dieron cuenta de que en uno de los mamparos había varios armarios. Como algunos de ellos eran lo bastante grandes como para que alguien pudiera esconderse en su interior, los abrieron de uno en uno. Pero comprobaron que también se encontraban vacíos.

No obstante, dieron con dos trajes presurizados.

—Kage, ¿cuántos trajes presurizados hay en la nave? —inquirió.

—Cuatro, capitán.

—Pues aquí solo hay dos.

—Hay dos más en el puente.

—¿Siguen ahí?

—Sí, señor.

—Así que no falta ninguno de los cuatro trajes.

—Así es, señor.

Asimismo, el módulo de aterrizaje seguía en su sitio.

—Tienen que estar aquí, en alguna parte.

Comprobaron que había ropa en siete de los ocho compartimentos. Por lo tanto, dedujeron que a bordo de la nave viajaban la capitana y seis pasajeros. En dos de las

habitaciones hallaron zapatos, y en todos los cajones encontraron prendas personales. También encontraron lectores, cepillos de dientes, peines, brazaletes. En uno de los camarotes, se toparon con un ejemplar de *Almas en pena*, que yacía sobre el suelo de la cubierta.

—¿Qué ha podido ocurrir? —preguntó Shawn.

—Kage, ¿hay algún lugar en todo este sistema solar que sea habitable?

—*Negativo, capitán. En estos momentos, ya no lo hay.*

Se había olvidado de que aquel sol se había apagado. Aunque, en aquellos instantes, eso parecía un hecho de lo más trivial.

—Pero hubo un mundo que albergaba vida en este sistema hasta hace poco, ¿verdad?

—*Sí. Delta Karpis III.*

—¿Habría podido dar cobijo a seres humanos?

—*Sí. Siempre que hubieran tenido sumo cuidado.*

—Esto es absurdo —rezongó Shawn—. Es imposible que hayan abandonado la nave.

Después, decidieron que sería mejor apagar las luces de la *Polaris* y activar el modo de ahorro de energía de la nave. A continuación, salieron de la nave por la esclusa de aire, dejaron la escotilla exterior abierta y embarcaron en el trasbordador.

Miguel se alegraba de haber regresado al *Peronovski*. No se había percatado de que estaba aterido hasta que lo alcanzó una cálida corriente de aire. Entonces, activó el hipercomunicador.

—¿Qué les vas a contar? —inquirió Shawn.

—Aún lo estoy pensando —respondió.

Acto seguido, se sentó y abrió el canal de comunicación, pero antes de dejar nada grabado, se dirigió a la IA y la ordenó alejarse de la *Polaris*.

—Será mejor que haya un poco de espacio entre ambas naves —lo instruyó.